

1**Lunes 9 de mayo de 2016**

Como siempre, al escuchar la canción *I got you, babe* a todo volumen, me levanté como un resorte y empecé mi ritual de todas las mañanas: primero unas series de flexiones y después unas pesas para, finalmente, terminar con cincuenta abdominales. Luego me fui directo a la ducha y, antes de meterme bajo el agua, me miré en el espejo que tenía sobre el lavabo y saqué músculo. Quería comprobar si mi rutina de ejercicios daba resultado después de seis meses, y vi que mi habitual cuerpo delgado y flácido poco a poco se transformaba en uno más musculado. Al salir de la ducha me puse mis vaqueros rotos, me calcé mis Converse All Star azules y una camiseta; después de mirarlas todas unos segundos me decidí por una negra con el logotipo de *Jurassic Park* y me fui directamente a la cocina a prepararme el desayuno. Unas tostadas con mantequilla y un gran vaso de leche con cacao, como siempre. Allí sentado en mi taburete favorito esperaba a Rick mientras consultaba las noticias desde mi teléfono móvil.

En aquel momento, todo iba como si fuese un día más en mi monótona vida, pero, en realidad, ese día no era un día cualquiera. Aunque nadie se había percatado, ni mis padres ni Rick, para mí era un día especial; sólo yo sabía que hacía un año que me había ido de casa de mis padres en Nueva York a vivir a Silicon Valley para trabajar y compartir vivienda con Rick.

Para cualquier chico normal de veinticuatro años esto no sería ninguna proeza, no habría nada que celebrar, pero yo nunca fui normal. Recuerdo cuando la profesora llamaba a mis padres al colegio y me escondía tras la puerta para escuchar lo que decían. Siempre hablaban de que no me adaptaba, de que prefería estar solo leyendo un libro a jugar con los compañeros. Entonces decidían cambiarme de mesa para ver si congeniaba con algún compañero, pero todo seguía igual.

Mi desmesurada timidez hizo que no tuviera ningún amigo en el colegio. Tampoco me invitaban a ningún cumpleaños. Eso no me importaba en absoluto, pero a mis padres les preocupaba mucho, por lo que hicieron todo lo posible para que hiciera amigos, así que todos los años invitaban a los niños de mi clase a mi cumpleaños, pero, ninguno venía.

Hasta que un año, tras tanto insistir, aparecieron tres niños. Fue en mi décimo cumpleaños, y mi madre, ilusionada, organizó una fiesta de pijamas para que se quedaran a dormir en casa a ver si así surgía la amistad. Johnny Lawrence, el chico que me quitaba el almuerzo, entró en casa con un regalo bajo el brazo y una sonrisa traviesa. Nunca olvidaré ese cumpleaños.

Cuando los cuatro niños nos quedamos solos en mi habitación, Johnny me amarró a una silla y empezó a pintarme la cara con el maquillaje de mi madre mientras los otros niños se reían. Él terminó durmiendo en mi cama y los demás en el suelo en sacos de dormir. Yo me quedé amarrado a la silla, uno de los chicos intentó liberarme en mitad de la noche, pero Johnny lo amenazó con hacer lo mismo con él, por lo que pasé toda la noche sin poder moverme. Cuando desperté, estaba completamente mojado con mi propia orina.

Por la mañana, cuando mi madre me vio así, se enfadó con mis supuestos amigos. Pero cuando iba a empezar con su regañina, Johnny le dijo que solo fue un juego, que se habían quedado dormidos sin darse cuenta y se fue sin reprimenda alguna a su casa. La fechoría de Johnny no acabó ahí, porque cuando llegó al colegio enseñó a todo el mundo unas fotos en

las que yo aparecía meado. Los niños empezaron a llamarme «Andrew el mojado» y pasé de ser invisible a ser el objeto de bromas y burlas.

Unas semanas después, cuando todo parecía olvidado, preparé mi venganza. Johnny Lawrence seguía robándome el almuerzo de los viernes, así que un día cogí unas pastillas laxantes que mis padres guardaban en el armario de las medicinas, las trituré y las eché dentro del sándwich. Ese viernes salí al recreo y me acerqué a Johnny sabiendo lo que pasaría. Él me quitó el sándwich y se lo comió mirándome con su malvada sonrisa.

Dos horas después nos tocaba clase de gimnasia y a Johnny, que era el mejor escalando por la cuerda hasta el techo del pabellón, le dio el apretón justo a mitad de camino. Ese día hacía calor y llevaba puestos unos pantalones cortos blancos. Justo cuando estaba en plena escalada, se empezaron a escuchar unos sonidos similares a unas pedorretas. Todos miramos a Johnny, que se había quedado parado agarrado a la cuerda, tenía la cara muy roja y no paraba de expeler ventosidades, poco a poco le fue apareciendo una mancha marrón en el trasero. Cada vez se hacía más grande y oscura. Todos los niños comenzaron a reírse sin parar, aunque a algunos les dieron arcadas del asco que les producía esa imagen y el fuerte olor que desprendía Johnny. Mientras, yo me senté en la grada a disfrutar del momento. El profesor de gimnasia le dijo que bajara y se puso debajo para ayudarle. Johnny lloraba como un bebé. Pero hizo caso al profesor. Se dejó caer por la cuerda cayendo encima del Sr. Szyslak y lo pringó de heces.

Para mí fue un gran día porque había sido la única vez que me había enfrentado a alguien, aunque no diera la cara. Nadie supo nunca mi único objetivo: volver a ser un niño invisible; algo que conseguí para el resto del curso a costa de Johnny, al que a partir de ese momento ya ningún niño le tuvo miedo.

En mi etapa en el instituto mi carácter cambió poco y tampoco hice amigos. Me paseaba por los pasillos como un fantasma, me seguía gustando pasar desapercibido. Podía sacar las

mejores notas de mi clase, pero siempre dejaba que un par de alumnos fuesen mejores que yo para que los típicos chicos populares la tomaran con ellos.

Después llegó mi etapa universitaria y, cuando tuve que elegir universidad, escogí una cerca de casa para no tener que vivir en ningún campus, aunque había visto muchas películas sobre fraternidades con fiestas locas llenas de chicas guapas y fantaseaba con ser un chico popular, llegado el momento no me atreví a dar el paso. Me daba pánico compartir vivienda con un desconocido, y preferí seguir siendo un chico solitario.

Así pasé mi infancia y adolescencia, siendo un chico invisible cuyos únicos amigos eran los libros, los cómics y el cine.

El lado positivo era que tenía unos padres geniales, los dos regentaban un pequeño cine cerca de casa, por lo que pasaba todos los fines de semana viendo películas desde la sala de proyección con mi padre. A veces, cuando la sesión terminaba y el cine se quedaba vacío, me ponía una de mis películas favoritas y la veía a solas con unas palomitas. Me encantaba tener un cine para mí solo.

Mi vida cambió cuando presenté mi tesis de final de carrera. Se basaba en un proyecto muy novedoso, el primer ordenador cuántico, lo que llamó la atención de varias empresas informáticas. Empecé a recibir ofertas de trabajo, la gran mayoría lejos de casa, por lo que al principio las rechacé todas. Hasta que un día llegó una gran oferta de Google para su departamento de nuevas tecnologías: subvencionarían mi proyecto además de ofrecerme un cargo importante en la empresa. Yo no lo tenía muy claro, si aceptaba tendría que vivir en Silicon Valley que estaba demasiado lejos de casa, tendría que compartir piso con otra persona y tendría que trabajar codo con codo con alguien. No creía que ese trabajo fuese el adecuado para mí, hubiera preferido que me hubiesen dejado trabajar desde casa; incluso se lo propuse a la empresa, pero me lo denegó inmediatamente, así que, al final, tras varias conversaciones con mis padres, me convencieron para que aceptara.

Nunca olvidaré las palabras de mi padre el día que decidí irme de casa:

—Hijo, llevas toda la vida viendo películas de aventuras y leyendo cómics y libros de ciencia ficción, siempre en casa encerrado, escondiéndote tras estas paredes, nunca has tenido verdaderos amigos, solamente nos tienes a nosotros. —Entonces señaló la puerta de entrada de nuestra casa con el dedo índice de su mano derecha y dijo—: ¿Ves esa puerta? —Yo asentí con la cabeza—. Pues piensa que es como el botón del play de tu dvd o la portada de uno de tus cómics, tienes que abrirla y vivir tus propias aventuras, hay un mundo maravilloso ahí fuera que te estás perdiendo, al principio será difícil como en las películas, pero con el tiempo harás amigos, conocerás a algunas chicas y vivirás una vida plena en la que solo tú tomarás tus propias decisiones, a veces te equivocarás, pero estoy seguro de que te levantarás con más fuerza, y al final de tu vida habrás conseguido todos tus objetivos, nosotros creemos en ti, pero ¿y tú?

Justo cuando terminó de hablar me levanté sin decir nada, fui directo a mi habitación y diez minutos después estaba en la puerta de casa con la maleta preparada. Abracé a mis padres y cogí un autobús con rumbo a mi nueva vida.

Y aquí estaba, un año después, compartiendo vivienda con mi compañero de trabajo, que era lo más parecido a un amigo que había tenido nunca. A Rick lo conocí el día que llegué a Silicon Valley, en el departamento de Nuevas tecnologías de Google. Me lo asignaron de compañero ya que él llevaba unos años intentando crear un ordenador cuántico y creían que entre los dos lo podríamos hacer realidad.

No sabía qué edad tenía y nunca se lo pregunté, pero por sus canas y unas pocas arrugas en su rostro deduje que debía de estar cerca de los cincuenta, aunque vestía como un chico más joven, similar a mi estilo: vaqueros, zapatillas puma negras y camisetas con dibujos, normalmente de superhéroes. Tenía algo de barriga y entradas en la cabeza que hacían que el pelo le terminase en pico. Era un hombre muy abierto y amable y nada más conocerme me

ofreció una habitación en su adosado al saber que estaba buscando dónde alojarme. Algo en él me recordaba a mi padre, así que, aunque dada mi forma de ser prefería vivir solo, acepté su invitación.

Por fin Rick apareció en la cocina, iba bostezando y con la hora justa para llegar al trabajo. Se había puesto sus vaqueros desgastados y una camiseta con el puño verde de Hulk, su superhéroe favorito, como saliendo del pecho.

—Vamos, tío, siempre llegamos tarde por tu culpa —dije refunfuñando.

Rick abrió el frigorífico y cogió un cartón de zumo de melocotón, le pegó dos grandes tragos y se dirigió hacia la puerta.

—Venga, levanta, ahora soy yo el que te espera —me dijo sonriendo.

Nos montamos en mi coche, un Chevrolet nova negro, y pusimos rumbo a nuestro lugar de trabajo en las oficinas de Google.

—¿Otra vez te has puesto la camiseta del pringado de Hulk? —dije riendo.

Me gustaba picar a Rick y meterme con su superhéroe favorito era una de las maneras más fáciles, nunca fallaba, siempre saltaba a defender a su idolatrado Bruce Banner. A veces él parecía el chico de veinticuatro años.

—El pringado eres tú, Andrew, que no has echado un polvo desde que te conozco —me replicó a la vez que soltaba una carcajada.

—Como que tu monstruo verde echa muchos polvos, si ni siquiera puede intentarlo, ¿te imaginas que está en pleno acto y se transforma? —dije riendo—. Partiría a la tía en dos con su enorme miembro verde. —Los dos nos reímos a carcajadas—.

Ya estábamos llegando al trabajo, así que me colgué la placa identificativa con mi nombre «Dr. Andrew Anderson», al lado de mi foto, en la que aparecía con la cabeza rapada. Ese era mi peinado desde los doce años, cuando me compré una maquinilla para raparme yo mismo y

así librarme de ir a la peluquería. Odiaba permanecer sentado con toda esa gente esperando su turno y hablando de obviedades porque les incomodaba estar en silencio.

—Pues a lo mejor tú eres Hulk, porque por lo visto los dos ligáis lo mismo —dijo Rick—. Si lo fueras me lo dirías, ¿no?

Me estaba arrepintiendo de haber sacado el tema de Hulk porque Rick siempre me atacaba con lo mismo, mi eterna y frustrante virginidad.

Por fin estacioné en mi plaza reservada que estaba justo al lado de la de Christine. Miré su coche de reojo para ver si todavía seguía dentro, pero parecía que ya se había ido.

—Tranquilo, Rick, pronto no me podrás seguir llamando pringado, ya lo verás —dije con tono chulesco sin apartar la vista del coche de Christine.

—No lo dirás por Christine, ¿verdad? Si ni siquiera hablas con ella, eres un rajado. Si yo tuviera tu edad, ya me habría rechazado mil veces. —Seguía riéndose de mí.

«Maldita la hora en la que se me ocurrió meterme con el puto Hulk», pensé.

Christine era una científica que trabajaba en un departamento contiguo al nuestro, además de la responsable de que llevase seis meses haciendo pesas. Ya estaba trabajando allí cuando llegué y enseguida quedé prendado de ella. El día que la conocí llevaba una bata blanca sobre un vestido amarillo floreado que le llegaba hasta las rodillas y que realzaba su piel blanca y perfecta. Tenía el pelo rubio recogido en una coleta y unas grandes gafas negras tras las que asomaban sus bonitos ojos azules.

Pero debido a mi carácter introvertido mis conversaciones con ella no pasaban de temas relacionados con el trabajo o el tiempo, las típicas charlas de ascensor que tanto odiaba. Por más que lo intentaba, cuando ella estaba cerca no me salían las palabras. A veces, por las noches, cuando llegaba a casa, planeaba qué le diría cuando la volviera a ver al día siguiente, pero era tenerla frente a mí y quedarme en blanco por muy preparado que creyera estar.

Nos encontramos con Christine de camino a nuestro laboratorio, yo me limité a darle los buenos días y a dejar hablar a Rick. La mayoría de las veces, mientras Rick y Christine hablaban, yo me imaginaba que ella era mi novia y la besaba delante de todos sin importarme nada, o que interrumpía a Rick con algún chiste y ella se echaba a reír. Entonces me acercaba a ella y le pedía una cita. Cómo no, aceptaba encantada. Me pasaban tantas cosas por la cabeza que, cuando terminaban de hablar y Christine se despedía de nosotros, no tenía ni idea de qué había ido la conversación.

—¿Qué tal, Chris? Te queda una semana justa para el gran día, ¿estás nerviosa? —dijo Rick.

—Hola, chicos, pues la verdad es que sí, un poco nerviosa sí que estoy. Lo he comprobado todo mil veces y parece que funciona bien, pero no dejo de pensar en que falle algo delante de la prensa y los compañeros. Me va a dar un ataque —dijo Christine visiblemente nerviosa.

—No te preocupes, ya verás como todo va bien, lo más difícil ya está hecho, ahora tienes que disfrutar tu momento de gloria —dijo Rick con su habitual optimismo.

Christine estaba trabajando en un simulador de realidad virtual que decían iba a revolucionar la industria tecnológica. Consistía en un traje con miles de micro sensores que permitirían al sujeto que lo llevase sentir todo lo que le sucediera en el mundo virtual. La primera vez que lo vi me recordó al uniforme de los cuatro fantásticos, y más cuando se lo puso Christine. Le quedaba perfectamente ceñido a su esbelta figura y me vino a la cabeza la imagen de Jessica Alba en la película. El parecido era asombroso.

Cuando empezó con las pruebas del traje tuvo problemas ya que las personas que se lo ponían junto con el casco de realidad virtual terminaban tropezando o dándose golpes. Al estar sumergidos en un universo artificial no eran conscientes de que si se movían mucho podrían sufrir las consecuencias en el mundo real. Entonces a Christine se le ocurrió crear una cabina acristalada de la que se sacaba el aire para que en su interior no hubiera gravedad

y la persona conectada flotara y pudiera moverse libremente, fue toda una revolución y en las revistas científicas lo bautizaron como «El Universo paralelo».

Muy pronto todas las compañías tecnológicas e informáticas se peleaban por el invento de Christine, y eso que todavía no lo habían visto en funcionamiento, por lo que se había creado una gran expectación para el día de su presentación a los medios. Incluso se rumoreaba que el magnate informático más emblemático de la historia, James Halliday, dueño de la multinacional Oasis, ya había hecho una oferta irrechazable para ser el dueño exclusivo de los derechos del «Universo paralelo» de Christine.

A Christine le iba todo a la perfección, pero, aunque me alegraba por ella, sabía que muy pronto sería famosa y seguramente ya no trabajaría a mi lado, por lo que cada vez se me hacía más urgente decirle lo que sentía. Sin embargo, mientras me decidía, a Rick y a mí no nos iba tan bien con nuestro ordenador cuántico.

Llevábamos un par de meses bloqueados. Teníamos el ordenador totalmente montado en una carcasa de un antiguo portátil negro, pero no éramos capaces de hacerlo funcionar. Lo máximo que llegamos a hacer durante esos meses fue ponerle una pegatina en la tapa, que Rick sacó de internet, del condensador de flujo de *Regreso al futuro*. Por lo demás, no sabíamos dónde estaba el error que hacía que el portátil no arrancara. Por más vueltas que le dábamos parecía que todo estaba correcto y no había motivo alguno para que no funcionase.

Así que dedicábamos los días a hacer cálculos y más cálculos buscando la solución. Yo estaba empezando a obsesionarme y me quedaba muchas noches a solas trabajando. A veces perdía la paciencia y pensaba en abandonar, pero Rick, que era más optimista, siempre me decía que tenía que relajarme, que tarde o temprano funcionaría.

Mi teoría era que el problema estaba en la fuente de alimentación del ordenador, porque creía que no tenía la potencia necesaria para que se encendiera. A Rick le parecía que eso no tenía nada que ver, pero yo, llevado por mi obsesión y el tiempo libre que tenía gracias a mi

ausencia de vida social, empecé a construir por la noche una nueva batería en secreto. No quería que nadie lo supiese hasta que la hubiera terminado y probado, porque si no servía de nada, no me apetecía escuchar el sermón que Rick me repetía cada vez que tenía la oportunidad. «Andrew, es una tontería que te quedes por las noches, nadie valora ese esfuerzo. Lo que necesitas es descansar y desconectar un poco del trabajo, salir de vez en cuando a tomar algo con los compañeros o venir al cine, alguna vez, conmigo, y ya verás cómo el día menos esperado se te encenderá la bombilla y darás con la solución».

Todo eso de desconectar y salir esperando que algún día me llegase la inspiración divina a mí me parecía una tontería. Yo no creía en que un día me llegaría la solución sin más, yo era más de trabajar y trabajar hasta conseguir mi meta.

2**Algo inesperado**

El día laboral llegaba a su fin sin cambios a la vista. No hice ningún avance y mi compañero tampoco ponía mucho de su parte. Se había pasado toda la jornada de laboratorio en laboratorio, charlando con otros científicos. Parecía que nuestro invento le importaba cada día menos y cada vez era más evidente que había dejado de tener interés por su trabajo. Yo notaba que ya sólo pensaba en que le quedaban unos meses para terminar su contrato. Aunque le habían ofrecido renovar un par de años más, Rick lo rechazó porque encontró un puesto de profesor de física en una universidad y estaba muy ilusionado con el cambio. Yo, por una parte, lo entendía, ya que había trabajado muchos años en lo mismo, pero, por otro lado, quería que se implicase más y no sólo estuviese allí para darme ánimos.

Unos minutos antes de la hora de salida, Rick pasó a verme y me dijo que varios compañeros iban a ir a tomar unas cervezas con Christine, como celebración anticipada a la inminente presentación al mundo del «Universo Paralelo», pero yo le dije que prefería quedarme trabajando. Tenía casi acabada mi nueva batería y quería probarla; además, normalmente, en esas quedadas casi siempre me sentaba callado en una esquina con mi cerveza escuchando las historietas de algún científico prepotente que quería impresionar a Christine. Me generaba mucha impotencia escuchar sus historias de machos intentando ligarse a Christine. Decían tantas estupideces cuando se habían tomado dos cervezas que

muchas veces pensaba en rebatir sus absurdas teorías y ridiculizarlos delante de ella, pero, como siempre, no me atrevía a decir una sola palabra y todo quedaba en mi imaginación.

Esperé a que todos se fueran para sacar mi invento, que había escondido en mi taquilla. Me faltaban un par de retoques y ya lo tendría listo, estaba ansioso por ver si daba el resultado esperado y por fin conseguía poner en marcha mi portátil cuántico.

Y, por fin, el tan ansiado momento llegó. Eran las once de la noche y mi nueva batería ya estaba instalada, solamente tenía que pulsar el botón de encendido y esperar a ver qué pasaba, conté hasta tres, pero el ordenador no hizo nada, ni un solo ruido, ni una señal que me hiciera pensar que estaba algo más cerca de conseguirlo.

—¡Joder! ¡Puto ordenador de mierda! —grité desesperado.

Me levanté y me puse a dar vueltas a paso ligero por el laboratorio mientras despotricaba de todo mi trabajo y maldecía mi mala suerte, hasta que me paré frente al portátil. Me quedé mirándolo fijamente y, con un gesto agresivo, lleno de rabia, le quité la nueva batería y la tiré con fuerza contra el suelo, lo que hizo que el núcleo central, un cilindro de unos diez centímetros de litio, se desprendiera y se golpease en repetidas ocasiones contra el pavimento hasta terminar rodando y quedando oculto bajo una mesa. Entonces respiré despacio y profundo para tranquilizarme. «Venga, Andy, solo es un pequeño revés, sabes que lo vas a conseguir», me dije para animarme. Ya más relajado, cogí la batería y el núcleo de litio y los puse con cuidado sobre la mesa junto al ordenador. No podía tirar todo por la borda, sabía que seguramente podría aprovechar algo de mi nueva batería.

Me quedé sentado en mi taburete, apoyé los codos sobre la mesa, puse la cabeza entre mis manos y, sin darme cuenta, di una pequeña cabezada, estaba muy cansado, dudaba entre irme a casa o seguir trabajando un rato más. Finalmente, levanté la cabeza y decidí salir a por un Red Bull para espabilarme.